

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SERIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

NÚM. 5.— DOMINGO 3 DE JUNIO DE 1849.

En Provincias 3 rs al mes.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

LOS BLASONES DE UN VALIENTE.

Año 1116.

(Continuacion.)

IV.

La traicion.

MUCHO tiempo ha transcurrido, y dentro de cinco dias la mano del hombre, dirigida por la voluntad del Señor, decidirá la inocencia ó culpabilidad de Metildis. La corte de Alemania se agitaba sordamente, y enervada por el temor ningun adalid habia presentado para defender á una emperatriz que idolatraba. La Inglaterra y la Italia tampoco ofrecieron campeon alguno. Los defensores de la acusada eran dos caballeros de idioma desconocido y de procedencia ignorada.

Los acusadores se preparaban para el combate. El caballero Guillermo tenia sobrada confianza en su valor, Pedro el bastardo cifraba su victoria en alguna traicion. Ocupados ambos en escoger las mejores armas, están en una dilatada sala que contiene gran número de ellas. El bastardo manifiesta una agitacion desusada. Guillermo respira con tranquilidad, y descolgando una bruñida coraza, esclama con satisfaccion:

— Bien, bien, contra este peto se han estrellado mas de veinte lanzas, el brazo de mayor resistencia no atravesará de un bote el pecho de esta armadura.

— Mucha confianza teneis, contestó el bastardo, antes de esponerme á los azares de un combate preferiria evitarlo.

— ¿Por qué medios?

— Por una traicion.

— Nunca será mas que un asesino; murmuró el de la Sierpe-alada con desprecio, y levantando la voz, pregunta á su compañero. ¿Tienes miedo?

— ¡Miedo! no. Sin embargo mi adversario es atlético, y puede conseguir la victoria; recordad que el éxito del combate es de mucho interés para nosotros.

— Dispondremos, pues, la prision de ambos defensores.

— ¿No fuera mejor su muerte?

— ¿Se tardaria mucho en designarme como autor de semejante asesinato?

— Reaiga sobre mí toda la responsabilidad del mismo. Yo os prometo egecutarlo con tanta precaucion que sus vestigios desaparecerán enteramente.

— Egecútalo, pues entre mis servidores encontrarás varios cómplices.

El bastardo sale con precipitacion.

Tres horas despues el compañero de Guillermo se presenta de nuevo con el rostro contraido y las manos ensangrentadas.

— ¿Qué ha sucedido? pregunta el de la Sierpe-alada con ansiedad.

— Un enemigo menos.

— ¿Cuál?

— El de mas colosales proporciones se ha defendido como un valiente; pero no sobrevivirá á sus heridas.

— ¿En dónde está, pues, su cuerpo?

— Su compañero lo ha recogido.

— ¿Vive aun el otro defensor?

— Sí: su corazon ha sido invulnerable. Cuando los defensores se retiraban del palacio, despues de haberse presentado por vez primera á la acusada, fueron acometidos por seis de los nuestros. Atacados, nos rechazaron con desesperacion; pero asegurado uno de ellos por nuestra gente recibió tres heridas de mi mano. Ambos hubieran sucumbido sino llamara la atencion el combate, haciendo acudir algunos curiosos cuyas miradas

creimos oportuno evitar. Esto produjo nuestra retirada, dando lugar á que el herido fuese auxiliado por su compañero. El resultado será siempre un enemigo menos.

— Imprudencia, imprudencia, grita colérico Guillermo, tu cobardía arroja una mancha igual sobre mí. ¿Quién dudará en señalarme como autor de esta agresión?... Pero.... aun queda ileso un adversario para mí, pelearé con él y la victoria podrá borrar semejante mancha.

El bastardo, para evitar la cólera de Guillermo, sale de aquel aposento.

El caballero continuó preparando sus armas personalmente. El resultado del combate era sobrado interesante para confiar semejante encargo á cualquiera otra persona. Halagado por un momento con la idea de no tener que luchar, aceptaba de nuevo el combate sin inmutarse; pues Guillermo, con todos sus defectos, no carecía de valor.

(Se continuará.)

ELFRIDA.

LEYENDA INGLESA.

IV.

AMANTE Y TRAIADOR.

Ginco dias despues de los acontecimientos que hemos mencionado en nuestro anterior capítulo, veíanse dos personas de sexo diferente en el castillo de Corfe. Eran Ethelwood y Elfrida.

Sentados ambos en un banco de piedra, casi ocultos entre los arbustos y enredaderas, platicaban con el mayor cariño sin notar que el dia tocaba á su fin.

— ¿Partir tan pronto, Ethelwood?... No, imposible; tu no debes partir; hace tan poco tiempo que nos conocemos, y tan poco que nos amamos, ¿ya te quieres marchar de mi castillo?

— Es preciso, bella Elfrida.

— Di mejor que no me amas, que te causa ya mi presencia.

— ¡Ah! calla, Elfrida, calla por piedad. ¿Que no te amo!... Si pudieras leer en mi corazón, verías escrito tu nombre con rasgos de fuego; si penetraras en lo íntimo de mi alma, verías que siempre están fijos mis pensamientos en tí.

— Pues si es cierto eso... ¿por qué te alejas de mí? ¿por qué te vas de mi castillo?

— El deber me lo ordena.

— ¡Y prefieres el cumplimiento de tu deber á mi amor!... No me amas, pues, Ethelwood.

— ¡Elfrida! te juro por el Dios que nos ve desde ese cielo, te juro por tu angélica hermosura, que te amo con delirio. Pero como caballero y como hombre de honor, mis deberes me llaman cerca de mi soberano; ¿qué se dijera de mí si desobedeciera sus órdenes?... Todos me tendrían por traidor, todos me mirarian con repugnancia y en las calles de Winchester me señalarían todos con el dedo, diciendo: «Ese que veis es un mal caballero, un mal servidor que contra la lealtad de sus juramentos no ha querido cumplir los mandatos de su rey. ¡Vergüenza y oprobio sobre él!» Y tú misma, Elfrida, tú misma me aborrecieras.

— ¿Y tus heridas, Ethelwood?... ¿No ves que pueden abrirse tus heridas en algun despoblado? Y entonces ¿quién te socorrerá?

— Desecha esa inquietud. Cinco dias han transcurrido desde que tu padre me recogió en los bosques vecinos, y desde entonces, merced á mi robustéz y á tus tiernos cuidados, se han cerrado completamente.

— Pues bien, parte, Ethelwood, parte donde tu deber te llama, pero recelo que ya no te veré nunca.

— ¡Elfrida! ¿qué dices?

— No, no nos veremos ya, porque en llegando á Winchester me olvidarás.

— ¡Olvidarte! ¿olvidarte yo, Elfrida? Mal me comprendes ¿Piensas acaso que es solo un devaneo el amor que te tengo? No, hermosa mía, no. El amor que me inspiras, es uno de esos amores ardientes, profundos é irresistibles, que echan hondas raíces en el alma, que solo se sienten una vez en la vida y que ni la ausencia ni los desdenes bastan para apagarlos.

— ¡Ah! gracias Ethelwood, gracias por esas palabras; no sabes tú bien el placer que me causan.

— ¡Silencio! alguien se acerca.

Un escudero del conde apareció en una de las calles del jardín y se aproximó al sitio que ocupaban los dos amantes.

— Señor, dijo á Ethelwood, vuestro caballo está enjaezado y el noble conde os espera.

— Bien, di á tu señor que parto al momento.

Se fue el escudero y Ethelwood y Elfrida continuaron su interrumpida conversacion.

— Fuerza es partir, Elfrida; triste, muy triste el separarme de tí, mas yo confío que mi ausencia no será larga. Apenas llegué á Winchester pediré permiso á Edgar y yo mismo vendré á pedir tu mano á tu noble padre.

— ¡A Dios Ethelwood, á Dios!... No me olvidas, dijo Elfrida con emoción alargando su mano á Ethelwood que la acercó á sus labios.

— Nunca, Elfrida.

Ambos amantes se levantaron de su asiento, y tristes y silenciosos se dirigieron al castillo. Un arrogante corcel tascaba impaciente el freno, y

el conde Olgar tenia el suyo de la mano para acompañar á su huesped.

Cruzaron Ethelwood y Elfrida una última mirada de despedida, y montando los dos caballos en sus corceles salieron del castillo de Corfe.

Un cuarto de hora despues Ethelwood y el conde Olgar llegaban á los estensos parques de su dominio, y ambos se despidieron allí cordialmente.

Ethelwood volvió su vista hácia la morada de Elfrida, y al rojizo resplandor del crepúsculo vió agitarse en una de las ventanas un pañuelo blanco en señal de último á Dios.

— Indudablemente, dijo, esa niña es lo mas hechicero del reino de Vessex y no vacilaré, por verla, en ser traidor á mi rey. Y avivando á su alazan desapareció entre los espesos bosques del Castillo de Corfe.

V.

RESULTADO DEL MENSAJE.

A los diez dias de haber salido Ethelwood de Winchester, aguardaba impaciente en su régia estancia el rey Edgar, la venida de su mensajero.

Habiale dado ocho dias para cumplir su mision, y á pesar de haber trascurrido dos mas, el fiel Ethelwood no volvia. En vano Edgar se afanaba en adivinar la causa de su tardanza..... Su mente se perdia en conjeturas estériles.

En la mañana del décimo dia, sintió por fin á lo lejos las pisadas de un caballo que se acercaba velozmente: asomóse á la ventana y en direccion del Devonshire divisó un caballero montado en un fogoso corcel que á galope tendido se dirigia hácia su real palacio.

—Es Ethelwood, dijo Edgar.

Y no se engañaba, porque á poco se estremecian las habitaciones del palacio al resonante eco de las férreas herraduras contra el pavimento, y un momento despues Ethelwood penetraba en la estancia de Edgar.

—Al fin llegaste.

—Perdonad, señor, si mi venida se ha retardado dos dias mas del término prefijado; una desgracia imprevista.....

—¿Cómo!.... ¿qué te ha sucedido, pues?

—Nada, señor; una caída del caballo me dejó sin sentido y con algunas heridas que por fortuna no fueron de gravedad.

—¿Diablo! ¿te caiste del caballo? ¿Y cómo fué eso?

—Es un fogoso animal que cuando se desboca no puede contenerle el mejor jinete de Wessex: cerca ya del castillo se desbocó; quise contenerlo, no pude, y viendo que iba á estrellarse contra las añosas encinas del bosque, me arrojé de él y al caer recibí un terrible golpe, llenándome de heridas y perdiendo completamente el sentido.

—¿Y despues?

—Ignoro cuánto tiempo estuve desmayado: solo sé que al volver en mí, me encontré en el castillo del noble Olgar, quien me prodigó las mas esquisitas atenciones.

—¿Y Elfrida?

—Elfrida, señor, fue quien curó mis heridas, mas no tan pronto como hubiera deseado. Y ved ahí la causa de mi tardanza.

—Y.... ¿es tan hermosa como dicen?

—¿Quién? ¿La hija de Olgar?

—Sí.

—¿Psit! su fama vale mas que su belleza; no pasa de ser una hermosura vulgar.

—¿Segun eso, no es digna de enlazarse conmigo?

—De ningun modo, señor; porque, os lo repito, la fama ha mentido.

—No me estraña, porque eso suele suceder muchas veces: solo siento haber abrigado el necio pensamiento de enlazarme con una muger indigna de mí.

—Poco debe importaros el mal resultado de mi encargo. No os faltarán mugeres mil veces mas bellas que Elfrida, que se consideran muy dichosas en ser amadas por vos.

—Dices bien, Ethelwood; demos al olvido la hija del conde Olgar.

—Es lo mejor que podeis hacer.

—A Dios, Ethelwood; quedo sumamente contento por el celo y diligencia con que me has obedecido: ya cuidaré de recompensar á su tiempo tus leales servicios.

—Mi mayor recompensa será obtener vuestro afecto.

—Ese, Ethelwood, ya le tienes.

—No deseo, pues, otra cosa.

Salió el rey de la estancia y una sonrisa burlesca entrecabrió los labios de Ethelwood.

—Decididamente, dijo, cuando aquel hubo desaparecido, nuestro muy amado rey, Edgar, es sobrado necio ó crédulo en demasia. Dejemos pasar unos dias, y esa muger que él olvidará, porque yo he querido que la olvide, será mia, mia para siempre, y cuando nuestro buen Edgar cozca mi engaño, será ya tarde para separarme de ella.

POESÍAS.

Carta dirigida á la célebre Guy Stephan, en el baile titulado El Diablo á cuatro.

Liria y Mayo veintidos
Del año mil ochocientos
Cuarenta y nueve, y momentos
De la aparicion de Dios.

Mi dulce amiga hechicera:
Sin tu última carta estoy

Sin duda porque hasta hoy
No has escrito la primera,
Pero yo á escribirte voy.

He dicho, voy á escribirte;
Digo mal en mi sentir;
Te escribo, que á no escribir,
Hoy no sé como decirte
Lo que te quiero decir.

Forma mil conceptos, sí,
Del que esta carta forjó;
Mas al fin, por sí ó por no,
Quiero que pienses de mí,
Lo que de mí pienso yo.

Si tal, linda Guy, consigo,
Como no dudo consiga,
Permiteme que te diga,
Que bien puedo ser tu amigo,
Aunque no seas mi amiga.

Yo supongo que lo eres,
Como por fin lo serás,
Porque sé cual bien sabrás,
Que amistad en las mugeres
Está comparada al gas.

Por eso se hizo notable
Que muger linda ó hermosa,
De mérito ú otra cosa,
Nunca pudo ser amable
Sin ser algo gaseosa.

Esto no hay quien lo resista,
Y afirmarlo no me inquieta;
Pues, en cuanto á mi respeta,
Jamás he visto á una artista
Uraña con un poeta.

El buen tono y el gran mundo,
Que uno de otro no se aparta,
Lo afable y cortés ensarta;
En todo aquesto me fundo
Para escribirte esta carta.

Además, según las veces
Que allá en el Circo te vi,
Que te admiré y aplaudí
Aunque no pagues con creces,
Debes ser mi amiga, sí.

Cual bello sol del teatro
Te vi en cien bailes brillar;
Mas te puedo asegurar
Que en ese *Diablo á cuatro*
No te acabo de admirar.

¿Eres tu la Guy, el encanto
De aquel circo de Madrid,
La Terpsicore adalid,
A quien hoy aplauden tanto
Los caros hijos del Cid?

Si mi mente no se abisma
Y escribo claro una *cu*,
Que me lleve Belcebú;
Y si eres, cierto, la misma,
Bailas mucho mas que tú.

Sostengo, pues, sin falacias,
Que eres superior á tí
En *el Diablo*, y para mí
Serás la Guy de las gracias,
Con mas gracia que la Guy.

Dije al verte, esa muger
Apenas las tablas pisa
Ligera como la brisa;
Y te llegué á conocer
Por tu donosa sonrisa.

Sonreír y conocerte
Fue cosa de un mismo punto:

No dudo ya ni pregunto;
Pues me retratas al verte
Eden á la Arcadia junto.

Y oigo armoniosos sonidos
Que en mis ensueños oi;
Y esa Terpsicore hurí
Que arrebató los sentidos
¿Es la encantadora Guy?

Será tu sombra graciosa
Que tanta ilusion halaga,
Cuya idea no se apaga
Cuando huyes vaporosa
Con el imán de una maga.

Será, y en ello convengo....
Será en fin lo que será:
Si en tí, la misma Guy está,
Digo, y repito, y sostengo,
Que mas que tú bailas ya.

Mi mente se confundió,
Y escribo fuera de mí,
O bailas fuera de tí,
O no soy yo el que te vió,
O no eres tu la que ví.

Y si eres tú la que he visto
Bailar mas que tú, no poco,
Dudo lo que veo y toco;
Y juro en el antecristo
Que vas á volverme loco.

Antes que vuele contigo,
Fine esta carta sencilla;
Doquiera, como en castilla,
Se ofrece tu buen amigo,
José María Bonilla.

P. D. Como el urdir esta carta
Me ha costado mil afanes,
Porque está mi pobre musa
Algunos años cesante,

Y perdida ya su brújula
En los poéticos mares,
Ni recuerda do está el Sur
Ni do para el Norte sabe,

Y anda ya por esos mundos
Peor que el judío errante,
Dudando como principie,
Sin acertar como acabe.

Se me olvidaba advertir,
Que no te asombre ó estrañe
Ver el teatro vacío
En repeticion de baile.

Porque mis cuasi-paisanos,
A funciones teatrales
Concurren casi muy pocos,
O concurre casi nadie.

Dirás que esto da sin duda
Una idea miserable
De cierta cosa que callo
Porque se entiende bastante.

Hazte cargo que estás hoy
En un pueblo inanimable,
Con muy poco de viviente,
Y con mucho de cadáver.

Sin embargo, tu no ignoras
Cual deben calificarse,
Muchos que poco te ven,
Pocos que mucho te aplauden.

A Dios, pues, mi linda amiga;
Y á tus amigas notables
Leblond y Laborderie

Expresiones de mi parte.

A los demás, lo que gustes,
Y sin mas por hoy, que es tarde,
Disponed de un afectísimo,
Que á todos sirve de valde.

ELEGÍA.

En la muerte de mi querido hermano

FRANCISCO ZAPATER Y UGEDA.

Si el triste llanto fraternal bastara
Para arrancarte de la huesa fria,
Sin duelo yo llorara,
Y el universo en lágrimas llenara
Y sin cesar lamento exhalaría.
Mas no se aplaca el hado crudo insano
A vista del dolor y del quebranto;
Y el destino inhumano
Es aclamado por el hombre envano
Con el gemido acerbo y con el llanto.
¡Cuán infelice por el mundo he sido
Desque en la tierra vi la luz primera,
Por doquier perseguido
Por la fatalidad cruel herido
Y por la suerte tan contraria y fiera!
Un tierno padre que era mi consuelo
A quien con frenesí mi pecho amaba,
Y una madre, mi anhelo,
Tambien robóme en mi niñez el cielo
Y á tí el único bien que me restaba.
Desque la luz miré, soy del tormento
Y de la suerte impía los despojos,
Exhalo amargo acento,
Y miro aquí y allá en el pavimento
Una lúgubre tumba ante mis ojos.
¡Cuántas veces del sueño fatigado
Aun miro las caricias en mi lecho,
Que tú me has prodigado
Cuando de un padre ¡ay! quedé privado,
¡Y es ilusion de mi agitado pecho!
¡Es ilusion! es solo desventura
Lo que mi mente ve en sueño profundo,
Pues de una sepultura,
Sale una voz que dice con tristura:
«¡Solo llorar podrás en este mundo!»
Solo llorar podré, porque el destino
Así cuando nació lo decretara,
Y el hado me previno
Que á cualquier parte que mi vista inclino
Desolacion y duelo solo hallara.
Pero mientras llorando yo en el suelo
Arrastro una existencia maldecida,
Goza tú allá en el cielo
El inmortal consuelo,
El reposo y la paz tan merecida.
Disfruta de ventura
Privado del dolor merial, insano,
Pues gozando tu paz, mi desventura
Tal vez no sea tan cruel y dura
Y ya de lamentar cese tu hermano.

José Zapater y Ugeda.

A MI COMPAÑERO MAS QUERIDO

D. F. DE P. GRÁS.

Caro amigo, dices bien,
Cuán justísimo es tu esplin!
¿Quién tolera el retintin
Del tango maldito amen?
Y nada; no hay ten con ten
En este mundo fatal:
Una de dos; pues, cabal;
O has de oír el ran rin ron
Del que toca el violon,
O tu música infernal.

Digo, y si parara en esto
Tanto músico estropicio,
Tanto sacarnos de quicio,
Tanto rucio manifiesto:
Mas ay! no; juro y protesto
Siente bien ó siente mal,
Que en el triste carnaval
Cuya farsa nos divierte,
La música, que es mi muerte,
Es otra, la celestial.

Ahi tienes mil seguidillas
Manifiestos y programas,
Polos, rondeñas, proclamas,
Proyectos y cancioncillas;
Quién levanta las antillas,
Quién da la paz general,
Uno es probo, otro es leal,
Todos gastan lengua ó pluma,
Mas ¿gran parte de esta suma
No es música celestial:

Revuelve sino tus ojos
A esos cuadros impasibles
Que solo siendo insensibles
Sufren ¡ay! tantos antojos;
No refrenes tus enojos,
Y dime por San Pascual:
El cartelon colosal
Que se pega á los bolsillos
¿No es todo bombo y platillos
Y música celestial?

Y aquello de: «soy de usted...
Su afectísimo, Juan Lanás...
= «Mil gracias.» «Ya tengo ganas
De servirle.» = Enfadaré...
= Protesto de buena fe...
= Si usted quisiera... = Formal;
Solo dos onzas... = No tal.
Porque cumplo y me insinúo...
= ¡Vaya! conque todo el duo
¿Fué música celestial?

Ni *Atala* ni el *Trovador*
Ni el *Tronco infeliz* me aburre.
Como aquel que no discurre
Y es escriba ó... escritor.
¡Uf! ¿qué *Negrilo* es peor,
Ni qué *tirana* hay igual
Al retazo editorial
En que predica gobierno
El que sacó del infierno
Su música celestial?

Cuando un letrado torcido
Buscando un escape al derecho
Sostiene muy satisfecho
Que hurtó bien su defendido;
Que la ley no ha prohibido
El hurtar bien, sino mal.
Y quiéralo ó no el fiscal,
El plenario está que canta
Defensa de argucia tanta
¿No es música celestial?

«¡Que bella estás, Leonor!
= Porque te adoro, bien mio.

—Por tí me sorbiera el río.
 —Y yo me tragara un vapor.
 —Si me hacen tambor mayor
 Pronto la antorcha nupcial
 Arderá en la bacanal
 De nuestra luna de miel.
 —¡Amor sin plata! —¡Cruel!...»
 ¡Oh! música celestial!
 La mina está en tal estado
 Que la ganancia es segura,
 Y la direccion procura
 Esplotarla de contado;
 El filon ya se ha encontrado,
 Produce el mejor metal,
 Mas para hacerlo real,
 Falta solo un dividendo;
 Hed aquí lo que yo entiendo
 Por música celestial.

¡Horror! ¡horror! ¡ay! amigo
 Cuánto pudiera añadir
 Si te quisiera decir
 Lo que á mi mismo me digo;
 Bravatas de un enemigo,
 Lisonjas de un animal,
 Palabras de una vestal,
 Cuanto reluce y no es oro,
 Todo son piezas á coro
 De música celestíl.

Tanto arrullo en verso y prosa,
 Tanto billete estudiado,
 Tanto cumplido afectado,
 Tanta falsía enfadosa,
 Tanta frase y quisicosa,
 Tanto feliz ideal,
 Tanto orgullo sin un real
 Y tanto gozar sin dote,
 Tengo para mi capote
 Que es música celestial.

El trágala, el bartolillo
La manola, el sereni,
 Poco me importan á mí
 Si echo un nudo á mi bolsillo;
 Mas al oír tanto píllo
 Cantar á Jauja inmortal,
 Sin consultar mi caudal
 Salto y brinco de alegría
 Hasta que esclame algun día:
 ¡Fue música celestial!
 ¡Vivimos en un Edén!
 ¡Cuán injusto es nuestro esplin!
 ¿Quién no goza el retintín
 Del verso bendito amen?
 Nada pues; por mas que den
 En criticar bien ó mal,
 Una de dos, éa, cabal:
 O canto sin ton ni son,
 O me concedes el don
 De músico celestial.

C. Pascual y Genis.

VARIEDADES.

ANÉCDOTA.

Un caballero inglés pretendía ser nombrado diputado del parlamento. Había solicitado los

votos de varios electores, y quedábale únicamente que pedir el de un zapatero, en cuyo taller entró con tal objeto. El menestral al ver sus maneras y exterior humilde, cuando le conoció por orgulloso y despreciador de los artesanos, le preguntó con tono arrogante, qué quería: «pediros un favor, dijo el pretendiente; me falta un voto para ser elegido diputado y vengo á suplicaros el vuestro: mis deseos de ser útil á la patria me impulsan á presentarme como candidato en estas elecciones y no aspiro á otra cosa que á la felicidad de mis conciudadanos haciendo oposicion á las demasías del gobierno, de quien no admitiré de modo alguno empleo ni condecoraciones.» Bien, replicó el zapatero, pues qué no traéis otra cosa, sentaos, hablaremos un poco y veré yo qué tal talento teneis, porque estoy muy escarmentado de charlatanes que han vendido los destinos de la patria por su particular interés á pesar de las protestas y mentidos ofrecimientos. El caballero se sentó en una mala banqueta y á su lado lo hizo el zapatero. «Sin duda beberéis cerveza, le dijo éste presentándole un jarro desbocado que la contenia de mala calidad, la acabaremos en buena compañía; Vamos, tomad, bebed de mi vaso; bebed y brindad á mi salud, que yo lo haré á la vuestra.

Por mí no quede, replicó el pretendiente; y al mismo tiempo bebió haciendo algunos gestos que indicaban su mortificacion.

Me parece que fumareis, dijo el zapatero alargándole una mugrienta pipa.

Sí... pero... sea como querais, contestó el candidato, procurando ocultar su enfado.

Hablaron en seguida con la mayor franqueza de asuntos políticos, en los que el zapatero emitia de intento las opiniones mas absurdas, incurriendo en marcadas contradicciones que el caballero se guardaba muy bien de advertirle, antes por el contrario, se manifestaba animado de las mismas ideas y principios que el elector. En fin, despues que el zapatero hizo sufrir al candidato todo género de mortificaciones, que éste aguantó con la mayor resignacion, se levantó aquel y dirigiendo la palabra á dicho pretendiente, le dijo con dureza. Salid de esta casa, miserable y no espereis que os dé jamás mi voto; estimo demasiado á mi patria y á mis conciudadanos para conferir mi sufragio á un hombre que procura elevarse con tanta bajeza.



INFLUENCIA DE LAS PIRUETAS.

A juventud valenciana, ó mas bien diré cierta parte de ella que durante el invierno ha estado tan apática y silenciosa en el templo de Talía, se ha reanimado considerablemente y hasta con furioso entusiasmo por las gratas sensaciones que producen en sus almas las bien ordenadas piruetas de nuestras hábiles coreógrafas. El continuo repique de los bastones, los *bravos* entusiastas, los aplausos extraordinariamente marcados de ciertas personas algo maduras que quieren llamar la atención de alguna vaporosa beldad, y que ella les tributa en recompensa una mirada por debajo de los brazos cuando éstos se encuentran en una actitud incitante. La multitud de mozaletes que asiste cotidianamente á los ensayos á hacerse cargo de los ejercicios y pasos dobles que ejecutan entre bastidores las fascinadoras Terpsicóres. El machucho que concurre ansioso con el mismo objeto, pero con su correspondiente dotación de pastillas para dulcificar en parte las ágras palabras de otra de mas elevada categoría, que acibara, mal que le pese, sus gastadas ilusiones. El marido, que desprendiéndose de sus obligaciones domésticas y de sus asuntos públicos, corre presuroso á dedicar aunque no sea mas que media hora, al intrincado laberinto que ofrece el escenario por la mañana. En fin, toda esta multitud de acontecimientos y de ideas que se dirigen á un mismo objeto, han venido á reemplazar el indiferentismo que se habia apoderado de los corazones de estos amables *noveles*. Así es, que el célebre Cubí ha encontrado generalmente en todos los que aquí ha reconocido, muy desarrollado el órgano de la amatividad. ¡Oh Providencia! nadie sabe de lo que eres capaz..... Todo lo que tiene aspecto de ideal, de fantástico, de novelesco, de maravilloso, ejerce generalmente un poder mágico en el alma del hombre; pero el efecto que produce en la de un jóven que empieza á salir al mundo ó llámese pollo, cuyo corazón no se halla todavía combatido por la desencadenada tormenta de las pasiones, por el vicio, por la sociedad, es admirable, irresistible, prodigioso, increíble. Dejemos para otro número los primeros y digamos algo de estos últimos. Una de las noches que se puso en escena el baile fantástico el *Lago de las Hadas*, yo, como constante investigador de las escenas mudas que representan algunos espectadores y que para la generalidad del público pasan desapercibidas, tuvé lugar de observar á un jóven (bastante jóven todavía) que estaba sentado en su

luneta formando al parecer mil poemas, mil ilusiones, mil cálculos segun se dejaba conocer por lo mucho que de cuando en cuando apretaba con la mano su frente cándida como la paloma de Noé y fogosa como la de Aquiles; cuando la aparición en la escena de la celestial criatura que absorbía todos sus pensamientos, vino á sacarle del parasismo en que al parecer estaba sumido: un movimiento de agradable sorpresa indicó en el jóven lo que acabo de decir. ¡Cómo latía su corazón cuando obedeciendo al compás de la voluptuosa sílfide y á su fuerza de atracción seguía con la cabeza hasta sus mas pequeños movimientos! ¡Cómo volaba su alma á recibirla cuando después de una elevada pirueta caía dulcemente sobre las tablas! ¡Cómo se le veía alargar la mano hácia ella que al través de sus anteojos miraba tan cerca como si hubiese podido tocarla, ó sentido entre sus labios el dulce soplo de su respiración! En estas deliciosas reflexiones estaba, cuando al desaparecer su adorada por uno de los bastidores, asaltaron á su imaginación otras mas tristes, irrealizables tal vez. ¡Cómo poder hacerse amar por esta encantadora criatura? ¡Cómo explicarla mi amor, mis afecciones, mis simpatías, mi ternura? Mis facultades físicas, decía, no son despreciables, pero esto solo no basta: es necesario hacer un sacrificio; ¡un sacrificio!..... y ¡cómo hacerlo? el único recurso que me queda, es..... En esto cayó el telón: el jóven marchó á su casa con la cabeza baja, el corazón enamorado y sin hacer caso de la lluvia que principiaba á caer con alguna abundancia. Al día siguiente muy temprano se vió entrar á nuestro héroe en una administración de loterías que habiendo juntado todo su metálico, determinó tomar un cuarto de billete.....

R. Y. de C.

PASEOS.—UNA COSTUMBRE RANCIA.—MODAS.—PROYECTO DE M. CHARLES.—
DESPEIDA Y TRIUNFO DE LA FUOCO EN MADRID.—LOS POLLOS EN
CAMPAÑA.—AVISO A LOS MARIDOS.—DERROTA DE LOS POLLOS.
—CASAMIENTO DE UN LITERATO.—SUE EN VALENCIA.



VALENCIA es una de las ciudades mas encantadoras: las brisas de la primavera hacen reverdecer sus estensos campos, y el viagero que por casualidad llega á ella en esta estación, recorre lleno de admiración sus paseos deliciosos. En esta época nuestras hermosas paisanas abandonan sus carruages para lucir sus gracias; el plantío es el punto en donde encontrareis todas las notabilidades de ambos sexos: por una rancia costumbre con la que nos hemos criado, se observa que los jueves el número de nuestras bellas paseantas aumenta, y que los domingos este número se

multiplica espantosamente: nosotros desearíamos que fuesen dejando muchos esa antigua costumbre y que no se cuidasen del día que debían salir ó no á paseo; es decir, que salgan todos puesto que siempre están hermosas.

Constantes en nuestro propósito de hacer ameno nuestro periódico, indicaremos aquí los trages que mas aceptación han tenido en la corte y que con mas generalidad se ven. Los trages de mañana y de paseo son en forma de peñador: adornados con muchos volantes pequeños, se hacen de telas ligeras, y entre éstas se ven de muselina chaconada con flores y sedas de capricho. Se han visto á muchas elegantes llevar unos capotillos de ligero tafetan, abrochados por delante. Los vestidos de tela delgada, como el varege, la granadine y la muselina de seda, llevan dos ó tres volantes, pero los de tela mas gruesa llevan hasta once volantes. Se siguen usando las mangas lisas en todos los vestidos, al paso que las mangas *amadis* no sirven sino para los cuerpos cerrados: las que llegan solamente al codo solo sirven para los cuerpos abiertos. También son muy elegantes las mangas á la religiosa, las cuales no carecen de gracia si van recogidas en la mitad del brazo, y si la manga interior es de muselina muy transparente. Una capota de tafetan color de rosa, adornada con pequeños volantes de la misma tela: un vestido y manteleta de gró color de acanto, guarnecidos de volantes, botines del mismo color del vestido, cuello y puños ricamente bordados á la inglesa y sombrilla (*jeune femme*) color de rosa: hé aquí lo que forma uno de los trages mas elegantes para paseo: sombrero de paja con adornos también de paja, y una pluma blanca, vestido y manteleta verde *glaseé*. La manteleta adornada con dos volantes de encage negro, ó una capota de gró blanco con volantes de blonda. Vestido de seda azul con dos volantes poco plegados, y una manteleta de verano blanca á la que han dado el nombre de *Profeta*, son otros tantos trages no menos elegantes que el primero.

— Parece que M. Charles trata de que se realice otra lucha con la esperanza sin duda de quedar mas airoso que en la primera, en la que como sabrán nuestros lectores fue el tigre vencido por un torito de calidad escogido por Cúchares. Nosotros nos inclinamos á creer que si á este último le dejan elegir también otro bicho, quedará segunda vez vencedor el ganado vacuno.

— En la noche del 25 de Mayo se verificó en el teatro del Circo la función de despedida de la Fuego y de Carrey. Pocas veces se ha visto el teatro tan concurrido como lo estuvo aquella noche: la célebre bailarina correspondió á la ansiedad con que la esperaban. La citada noche estuvo inspirada cual nunca: bailó con una habilidad y precisión admirables: el público la aplaudió con entusiasmo.

Al concluir la *Tarántela* de la *Catalina* se vieron caer sobre la escena numerosos ramilletes: la Fuego debe llevarse agradables recuerdos de Madrid.

— No hace muchos días presenciábamos la siguiente escena que no pudo menos de entristecernos al pensar el estado de desvergüenza á que han llegado los pollos. Uno de estos seres se encontró en la calle de Zaragoza con otro camarada suyo. ¿Adónde vas? le dijo éste deteniéndole. — Aparta, hombre, no me entretengas. Su marido habrá salido ya de casa.... Esto dijo el pollo y siguió andando, dejando admirado al otro pollito, que menos afortunado que su compañero quiso sin embargo no desacreditar la clase y se acercó á nosotros, exclamando: estoy por las bailarinas.

— Cuentan que otro fue el encargado de regalar á cierta señorita del cuerpo de baile un clavel, y que no habiéndolo querido admitir ésta, exclamó el pollo comisionado: no es mio, es de aquel amiguito que nos está mirando. — Es que si fuese de V. tampoco lo tomaria.... La escena, dicen, pasó en uno de estos últimos ensayos.

— Una linda muchacha que reúne á su belleza física un capitalillo de 25,000 duros, comenzó á leer con preferencia los escritos de uno de nuestros colaboradores, éste lo supo y muy pronto le pintó su pasión en soberbios consonantes. En la primera semana de sus amores le escribió ocho poesías, en las cuales hablaba el vate enamorado de cabellos, ojos, sonrisas, talle, etc. etc. Mucho hemos estrañado no ver entre tanta poesía algun soneto á los 25,000 duros: el casamiento debe verificarse muy luego: nosotros nos congratulamos al ver hermanadas las musas con el dinero.

— Nos hallábamos de visita en una casa, cuando la dueña de ella, nuestra interlocutora dejó de repente de hablarnos para llamar á su criada: salió ésta, y le dijo: Haz que salga Sué para que lo conozca este caballero que es aficionadillo á las novelas. — ¡Señora! exclamé yo asombrado: Sué en España..... en su casa de V.... — Mírele V. Volví la vista y ví entrar uno de esos perritos ingleses que las señoras han dado ahora en hacer sus compañeros de paseo. — ¿Qué le parece á V.? preguntó la dama. — El perro, dije yo, no es feo... El nombre nome parece adecuado. — De este modo siempre tengo presente al autor de la Matilde. Si V. llegase á ser un gran literato, no dude V., que haria lo mismo. Su nombre de V. me serviria para dárselo á un perrito.

Rinconete.

VALENCIA:

Imprenta de D. Benito Alonfort,

plaza del Temple, núm. 5.